

PARTICIPACION DE LA NOBLEZA ARAGONESA EN LOS SITIOS DE ZARAGOZA (1808-1809)

EL comienzo de la guerra de la Independencia es eminentemente popular. Mas hemos de reconocer, ciertamente, que el desarrollo de toda ella, el sostenimiento de la moral en el pueblo, la responsabilidad ante Dios y el rey de una resistencia heroica y una lucha victoriosa, fueron de cuño aristocrático.

Salvo excepciones, los nobles no desertaron de sus puestos de responsabilidad y los ausentes acudieron a donde los llamaba la patria. «La duquesa de Villahermosa, aquella mujer de entereza singular, cuyos recursos sostenían al Jefe Supremo de la Iglesia, Pío VII, y a cuantos acudían a su liberalidad, llamó a sus hijos en Madrid, y les expuso claramente la situación de las cosas y el camino que su honor y la obligación que su dignidad y nombre les trazaba. Díjoles: «—Allí está nuestro deber; corramos a Zaragoza—».

Los acontecimientos precipitábanse. La división de Lefèvre, al que luego substituyó Verdier, daba vistas a Zaragoza y el día 15 se encontraba en las eras de la ciudad el ejército vencedor del austriaco en Ulm, del austro-ruso en Austerlitz, del prusiano en Jena y del ruso en Eylau y en Friedland.

PRIMER SITIO. INTERVENCIÓN DE LA NOBLEZA.—La defensa en este día glorioso es memorable; y aunque ausente Palafox, la ciudad se mantuvo firme y una y otra vez rechazó al enemigo. La duquesa de Villahermosa «vió todo esto y se sintió orgullosa de ser española y de ser aragonesa». Había dado ya a la patria sus dos hijos, que, sin cargo por la salida de Palafox, trabajaron contra el enemigo confundidos con el pueblo; sólo le tocaba dar su dinero, y no lo escaseó, derramándolo a manos llenas para premiar hazañas heroicas». Así, y en el archivo de Villahermosa, figuran los justificantes de cada una de las entregas; uno de ellos reza de esta forma: «Razón del dinero entregado para los artilleros.—A

D. Pablo Arias, 2.000 reales.—Al mismo, 4.000.—A D. Fernando Blasco, 1.000.—A D. Santiago Sas, 1.000.—A D. Manuel Chaure, 2.000.—A D. Antonio Securiar, 1.000.—A D. Fernando Blasco, 1.000.—A D. Santiago Sas, 1.000.—A D. José Royo, 1.000.—A D. Manuel Lacartera, 1.000.—A D. Manuel Chaure, 2.000.—A D. José Royo, 1.000.—A D. Santiago Sas, 1.000».

En otros repartos la duquesa señaló, para que todos disfrutasen de sus beneficios, 10 reales a cada uno de los artilleros, 20 a los cabos y 60 a los sargentos que servían las piezas del Puente de Piedra, Puertas del Angel, del Sol y de San José; calles de la Puerta Quemada y de Tripería; Puerta de Sancho; baterías de las Puertas del Carmen, Misericordia, Santa Engracia y otros puntos». (Archivo Villahermosa).

Mientras tanto, el marqués de Campo Real, se batía con bravura en Casablanca, como antes lo hizo en Alagón y más tarde lo haría en Epila. Era ayudante de campo de Palafox, al igual que don Manuel de Ena y Gállego, teniente de navío en la Marina real y caballero en la Orden de Calatrava; ambos pertenecientes a la Cofradía de Nobles.

El día 30 regresó Palafox. Apenas aposentado en la ciudad, extendía el nombramiento de Edecanes del capitán general de Aragón a favor del duque de Villahermosa y su hermano Juan Pablo, y tenía conocimiento de la prisión del conde de Fuentes, por afrancesado. Sin embargo, con anterioridad a esta fecha, el conde de Sobradiel, si bien no figuró entre los combatientes, se distinguió por su prestigio al frente de la Junta de Hacienda, creada por Palafox el 23 de junio, y con su largueza, buena voluntad y sacrificio de su vida a la gloria y fama de Zaragoza. Entre sus muchos donativos, figura el más importante en la «Gaceta» de Zaragoza del martes 19 de julio, con 200 A. de aceite, junto a los que el mismo día hicieron el barón de Torreñel, con 800 C. de vino, y don Manuel Abenia y Cortés, infanzón, vecino de Pina, con 30 carneros o su valor, caso de venderlos con mayor proporción. En la misma Junta de Hacienda trabajaba, como vocal, el conde de Sástago, quien, con el anterior, tomó parte muy principal en el salvamento de los enfermos del Hospital y en el socorro de los defensores, siendo su palacio del Coso un verdadero refugio para cuantos necesitaban alimentos y protección. En él recogió a la comunidad de religiosas carmelitas descalzas, cuando tuvieron que desalojar el convento.

El francés atacaba; Zaragoza resistía. El pueblo sentía la satisfacción de la victoria una y otra vez. Respetaba las órdenes y confiaba en la dirección de la defensa y en la Virgen del Pilar. Día tras día se fueron deshaciendo viejos rencores entre el pueblo y la nobleza; se fué perdiendo un temor infundado y revolucionario y volvió de nuevo a nacer entre metralla y sangre, la fraternidad en el combate, el respeto en la,

ciudad. El perdido prestigio de la aristocracia volvió a florecer en Santa Engracia, donde don Antonio de Sangenis y Torres, descendiente de aquella antigua casa del condado de Panadés, se cubre de gloria, popularizándose su nombre y sus hazañas que le valen el empleo de coronel (1.º de agosto) y más tarde el escudo de distinguido defensor de Zaragoza. En el Arrabal, es doña Teresa de Villalpando y San Juan, hermana del conde de Torresecas y esposa de don Francisco Palafox, quien levanta el prestigio de la nobleza distinguiéndose por su gallardía y valor, ya que, a pie y a caballo, acompañaba a su marido en las expediciones militares.

Si el desaliento cundía entre los soldados, bien pronto el marqués de Lazán los alentaba y la presencia de la condesa de Bureta los enardecía. Bien pronto había agua para refrescar a los combatientes, dinero, alimentos, refrescos, hilas y municiones para las piezas de artillería. La galera de la casa de Bureta, con una o dos mulas, parecía multiplicarse, y la condesa, a veces acompañada de don Felipe San Clemente, era el alma de la defensa. La gloria de la jornada del 7 de agosto le pertenece íntegra.

Una defensa heroica de la que se enorgullecía Palafox. «Mi querido Sr. Martín—escribía el 6 de agosto—: Si viene Vd. con dinero, no tema que le cierre las puertas: sólo eso me falta, y bayonetas: con esos dos objetos sólo me río yo del Corso y de sus confederados y siento en su silla a Fernando. Adiós, Sr. D. Justo, espero ver a Vd. y que antes diga a Casaflores que nada es más importante que echar los enemigos de esta tierra, que hasta que no limpie la Navarra, no me muevo de Aragón; el deber me llama aquí, y sería traidor a la Patria, a mi Rey y a mis valientes aragoneses si pensara de otro modo. Mis expresiones y siempre affto. Palafox». Una defensa que costaba sangre y dinero era la sostenida frente al invasor. La sangre la ofrecía el pueblo; la sangre y el dinero la nobleza y los pudientes de la ciudad. Fué preciso recurrir a los donativos. La «Gazeta» de Zaragoza publicaba las listas donde, el día 5 de julio de 1808, figuraba el excelentísimo señor marqués de Ayerbe y de Lierta: «durante las actuales circunstancias cuatro mil reales vellón mensuales por mesadas anticipadas contaderas desde 1.º de junio, y por cada una 4.000. El señor marqués de Ariño, por una vez 30.000. El mismo, todo el sueldo que goza como capitán retirado de 300 reales mensuales, con inclusión de los vencidos en este año sin hacer descuentos, 3.000. El barón de Torreñel, 70.680». El día 12 se encuentra el señor marqués de Tosos que, «además su sueldo de Alguacil mayor del Tribunal de la Inquisición», ofrecía mensualmente desde 1 de junio «320 Rs de Vn» y el señor marqués de Santa Coloma «con la mitad del sueldo que goza como Alguacil mayor de esta Real Audiencia». Y así en interminable lista.

Era el 16 de agosto de 1808 y la «Gaceta» de Zaragoza publicaba las noticias del reino de Aragón, terminando con estas palabras: «El día 14 de agosto ha sido un día de victoria y de alegría en que hemos roto las cadenas que quería echarnos al cuello la tiranía francesa. Los incendios y siete mil bombas han dexado destrozada la séptima parte de la ciudad y llena de ruinas, pero sus ciudadanos la miran ahora mucho más hermosa con el grande nombre y eterna fama que éstas le han procurado».

El heroísmo de Zaragoza había triunfado sobre el mayor ejército del mundo, que se retiraba no sin antes volar el templo de Santas Masas, hoy parroquia de Santa Engracia. El Cabildo «interpretando el sentir de las autoridades, ejército y pueblo, que había invocado a la Virgen del Pilar en sus apuros y le atribuía su resonante victoria», se reunió el día 17, acordando celebrar solemnísimamente fiesta de acción de gracias a la Virgen, seguida de un *Te Deum*, a cuyo acto asistió el conde de Montijo.

LOS ALMOGÁVARES.—No fueron días tranquilos los que siguieron a la retirada del francés. La ciudad se fortificaba. La nobleza tampoco abandonó su labor bienhechora. Al contrario, hoy, 17-9-1808, es el excelentísimo señor duque de Híjar, conde de Aranda, quien da generosamente «mil cahices de trigo en cada un año durante las actuales urgencias del Reyno», y mañana, 11-10, es la excelentísima señora marquesa viuda de Ayerbe quien «además de seis caballos excelentes, que dió gratuitamente, y de servir sus dos hijos de Edecanes sin sueldo, el uno en este ejército y en el del señor Cuesta el otro, ofrece 100 cahices de trigo y 10 sacos de lana y cañimo». Sigue, pues, la aristocracia su guardia constante y su fiel velar las armas. Hasta el punto que, apenas ha transcurrido un mes desde que Palafox escribiera en la «Gazeta»: «Nuevos días se os preparan», la misma «Gazeta», el día 24 de diciembre, publicaba la interesante noticia: «A propuesta de los Caballeros Infanzones de este reino, el excelentísimo Sr. Capitán General de él ha mandado organizar un cuerpo de Almogávares, nombrando por su primer Adalid al excelentísimo Sr. duque de Villahermosa, y por segundo Adalid al capitán del segundo batallón ligero de esta ciudad D. Francisco Julián Pérez de Cañas: este cuerpo que renace para deshacer todo quanto aparezca francés, será vestido con el traje a la antigua española, y todos los nobles que con caballo, armas y vestido se presenten a este nuevo cuerpo, cree S. E. que llevados del honor imitarán a aquellos caballeros de su clase antiguos, que con tanta lealtad y valor se mostraron contra los serracenos y franceses y por tanto caracterizados como a tales Almogávares serán temidos, reputados y estimados, quedando todos ellos bajo la segura protección de S. E...».

Bien pronto crecen las filas de los Almogávares. Todos los nobles pugnan por vestir su glorioso uniforme, en la defensa de la Patria, solicitando los que ya servían en otros cuerpos, su ingreso a través del señor inspector de infantería. He aquí un modelo de oficio, dando traslado de ingreso, encontrado en el legajo núm. 5 del archivo de Palafox; dice así: «D. Josef Andreu, capitán primero de la tercera Compañía del Ligerero de torreros, que como noble ha pasado con caballo, armas y vestido, sin ningún interés afiliarse en el nuevo Cuerpo de Caballería Infanzones Notorios deste reyno y he admitido, en fuerza del decreto de S. E. y Comisión que se me franquea, me pasa el oficio que acompaña; este Caballero sirbe sin sueldo por lo que no tiene que acer ajustes.—Supplico a V. S. se sirba pasar el oficio correspondiente a su Cuerpo para que se le de en Vaja.—N^o S^{or} me guarde a V. S. m^s a^s.—Cuartel General de Zaragoza y diziembre de 1808.—S^{or} Inspect^{or} de Infantería.—Francisco Julián Pérez de Cañas».

El prestigio adquirido por la nobleza durante el primer sitio era tal, que volvía a gozar de las antiguas prerrogativas, a recibir los mismos honores y a tener atribuciones que le valían el respeto y la consideración de todos. Fué la aristocracia un poderoso auxiliar de los militares, con los cuales se fraternizó hasta el punto de no existir punto de separación entre unos y otros. El pueblo la quería y, a la vez, admiraba su valor, su abnegación, su desinterés, su sacrificio, muchas veces, rayando en el heroísmo. De aquel resto afrancesado que contaba el tiempo en el castillo de la Aljafería, defendido valientemente durante el segundo sitio por el regimiento de Fieles Zaragozanos que mandaba don Manuel de Ena y Gállego, ya nadie se acordaba. El entusiasmo de los hombres que un día formaron las compañías de Cerezo y Tío Jorge, anulaba todo pensamiento que no fuera para estos hombres y valientes ciudadanos. Era un noble, con el grado de coronel, quien los mandaba, también. «Se reconocerán y respetarán por oficiales del ejército—dice el barón de Warsage en un oficio, con fecha 26 de diciembre—a todos los individuos que componen la Compañía de Almogávares o Infanzones del Ejército de Aragón; y en cualesquiera ocasión que se presenten algunos de los expresados a participar algún reconocimiento que conbenga, tanto en cuartel, mesón o casa particular se les franquearán, respecto a que obran según órdenes reservadas del excelentísimo señor Capitán General».

La defensa de Zaragoza demostró, en el segundo sitio, que la nobleza de Aragón era digna de tales honores. Y cuando la capitulación selló una página de la historia, en sus filas faltaban el marqués de Artasona, don Juan P. de Azlor, el hijo predilecto de la duquesa de Villahermosa, don Joaquín Caviero, conde de Sobradíel, el barón de Warsage,

el P. Boggiero y don Santiago Sas, ambos de noble e hidalga procedencia, y otros. El destierro y el cautiverio conocieron muchos; mas los Almogávares que siguieron a su primer adalid en tierra extraña, no olvidaron nunca las palabras que éste dijo a la condesa de Bureta, en el abrazo de despedida y entregando su espada: «Tía mía, la espada del almogávar no debe rendirse ante el tirano».

SEGUNDO SITIO. ABNEGACIÓN, SACRIFICIO Y HEROÍSMO DE LA NOBLEZA.—Días amargos padeció de nuevo Zaragoza al sufrir el segundo asedio del ejército de Napoleón. El mariscal Moncey, encargado interinamente del mando por enfermedad del mariscal Lannes, llegaba a la vista de la ciudad.

Días muy duros siguieron; el ardor combativo del pueblo no había menguado y corría paralelo el patriotismo de la aristocracia. En aquel segundo asedio, como en el primero, la nobleza ofrendó en el ara de la patria todo el patriotismo de sus mayores.

El conde de Sobradriel significó la constancia y el amor a la patria en aquel 25 de diciembre en que «se puso a pedir limosna en la puerta del Pilar con éxito tan feliz, debido tanto a la generosidad de los fieles como a los prestigios del ilustre postulante, que en pocas horas, colectó por valor de 24 onzas de oro, que tuvo la satisfacción de entregar a Palafox para socorro de los defensores». Poco tiempo después, el 11 de febrero, moría; pero su ejemplo quedaba vivo en la memoria de su compañero de la Junta de Hacienda, el barón de Purroy, quien trabajó con un celo sin igual en su cargo de inspector o superintendente de todos los hospitales de la ciudad.

El conde de Sástago, después de ver consumirse pasto de las llamas y de la rapiña del francés su hermoso palacio, el 4 de agosto, había abandonado la ciudad para representar al reino de Aragón en la Junta Central de Madrid, según le había comisionado Palafox.

Mientras tanto, moría, en el campo del honor, don Antonio de Sanguinis y Torres, el digno descendiente de la ilustre casa del condado de Panadés. Una bala de cañón le arrebató la vida cuando estudiaba sobre el terreno el modo de atacar las ruinas del convento de San José perdido en la noche anterior.

No obstante el sacrificio continuado de la ciudad, el cansancio, la fiebre, el dolor llegan a los corazones. Mas cuando parecen desfallecer, la presencia de la condesa de Bureta, la «Espartana», como la llamaban en Madrid, los anima y los crece. Y así logran victoriosos arrollar al francés el 31 de diciembre en la Puerta del Portillo—donde se distingue el abanderado, marqués de Alós—y por cuya acción Palafox condecora «con una cinta encañada a todos los que se encontraron en ella, que como

distintivo de su acreditado valor llevarán al pecho», según manifiesta en un oficio, de 1 de enero de 1809, dirigido a don Juan Figueroa, comandante del tercer batallón de R. S. guardias españolas. Lo rechazan victorioso en Puerta Quemada, en Santa Engracia, en el llano de la Almozara, en el reducto del Pilar. El barón de la Torre Erruz y don Antonio Vicente Santa María nos hablan de aquellas fechas que sólo tienen semejanza a las heroicas acciones del barón de Warsage en la reconquista del convento de trinitarios del Campo Sepulcro o en la del Arrabal donde un descendiente de los infanzones de Isarre, don José Allué, «no desamparó su sitio hasta que un oficial de caballería, que él no conoció, le obligó a ponerse a la grupa de su caballo».

La guerra se prolongaba. Hasta el culto a la Virgen había de hacerse con cuatro o seis sacerdotes, pues crecían las fiebres y la epidemia se extendía. Mosén Ramón Lacadena se multiplicaba.

Frente a todo este mar de tristezas la «joven y bella condesa de Bureta» era el alma popular.

Sin embargo, próxima estaba ya la fecha del dolor. El día en que se firmara la capitulación y en el que la nobleza aragonesa tuviera dos mártires, el P. Basilio Boggiero de Santiago, de las Escuelas Pías, y don Santiago Sas. De nobles, honradas e hidalgas familias, fueron fusilados «por orden del mariscal Lannes como fomentadores del heroico patriotismo de los zaragozanos». El mismo mariscal, según manifiesta Villemain en «Saragosse»—Esling 1809—, aludiendo a estos dos aristócratas españoles decía: «¡Qué hombres tan terribles son esos frailes! Los dos consejeros de! marqués de Palafox han hecho más que él por la defensa de Zaragoza. Ellos han inspirado a ese pueblo intrépido que fué preciso destruir a cañonazos como los parapetos. ¡Qué ciudadanos como estos dos frailes y tantos otros que yo he visto animando al pueblo por todas partes con el crucifijo en la mano!».

Día de llanto, luto y lágrimas. «Numancia se entregó a la desesperación; Zaragoza debe entregarse a la razón», escribía la condesa de Bureta en una carta dirigida a don Francisco Palafox. Y así fué; el 20 de febrero de 1809 cesó la lucha que con tanto acierto había dirigido un hermano de éste.

PALAFOX. EL MARQUÉS DE LAZÁN. EPÍLOGO.—Era don José Rebolledo de Palafox y Melci, Bermúdez de Castro, Gurrea, Borja y Azlor, un digno descendiente de los bravos aragoneses de la Reconquista. La baronía de Palafox data del siglo XIII. Era, pues, el «representante de una de las primeras Casas del Reyno de Aragón» quien asumió la defensa de la ciudad en los dos sitios que le puso el francés. Su arrojo, pericia

entusiasmo y heroísmo son a lo largo del tiempo una aureola de fama inigualada para el tercero de los hijos del marqués de Lazán.

Nunca olvidaría Palafox lo que hizo su pueblo; así lo manifiesta en sus cartas, escritas a su regreso del cautiverio a España. He aquí una de ellas, fechada en Madrid el 9 de febrero de 1814, dirigida a la condesa de Bureta: «Mi más querida prima y amiga de mi vida: si tube placer en escribirte, mayor consuelo ha sido para mí el ver tu letra y los sentimientos de patriotismo que son en sí tan naturales que jamás mueren; te hallo como te dexé; heroína Zaragozana, este es el mejor título a que puede aspirar una mujer. Yo me contentaría con tener la décima parte que tú tienes y has tenido a la inmortalidad de esa digna Capital de Aragón... Estoy rendido de escribir, lo hago a los nobles Labradores de esa Ciudad que me han escrito, y el afecto con que lo hacen me ha hecho llorar de placer... Las más expresivas gracias por lo mucho que habéis hecho por mí...».

S. M. la Reina Gobernadora, y por real cédula de 17 de julio de 1834, le creó duque de Zaragoza, con grandeza de España de primera clase: era el premio a su conducta ejemplar.

Sin embargo, mucho de la defensa de Zaragoza y mucho de su gloria se debe al temerario arrojo, a la pericia y a las virtudes de su hermano el marqués de Lazán. El hecho de resistir la ciudad el primer sitio se debe a su valor. Así consta en la solicitud firmada en Zaragoza el 21 de junio de 1917 pidiendo la Cruz de premio: «...Habiendo contribuido igualmente mi llegada (4-8-1808, con el referido Bat. 3.º de R. S. Guardias Españolas) a que se deshicieran los planes de capitulación que ya estaban firmados y a que se continuara la defensa de esta heroica Ciudad, hasta el 14 del mismo mes de agosto, día en que los franceses levantaron el primer sitio, sin haber podido conseguir su rendición...».

Mucho debe la ciudad de Zaragoza a estos caudillos y mucho a la nobleza de Aragón, cuyos patrimonios sufrieron grandes daños. «Tampoco necesito mencionar a V. E.—dice una solicitud de don Pedro María Ric y Montserrat, barón de Valdeolivos, heredero de la Carlanía de Aguilar y otros títulos y señoríos, casado con la condesa de Bureta, el 1.º de octubre de 1808, fechada en Zaragoza el 26 de abril de 1915— los enormes daños, que hemos sufrido, así en la casa de mi hijo el conde de Bureta, como en la mía, porque V. E. lo sabe. Ha visto nuestras Casas derruidas, incendiadas y saqueadas y dará por supuesto que servicios tales no se hacen sin dispendios...». La marquesa viuda de Ayerbe, por ser hermana de la citada condesa de Bureta, tenía confiscados sus bienes; el conde de Sástago veía su palacio destruído y saqueado, como tantos otros, y el patrimonio en mengua. Todos lloraban algo, bienes, hijos,

padres; nadie creyó estéril su sacrificio. José Napoleón creyó herir a la nobleza española, con aquella su disposición de desconocer los títulos nobiliarios de todos los que no le siguieran y con la supresión (1809) de las Ordenes Militares; en esto, también se equivocaba. Porque la nobleza de España y en particular la de Aragón fué, con frases de Dauvina, «en medio de sus grandes exageraciones la depositaria del poder y del calor social y que a su influencia se debe el haberse conservado el sentimiento del honor, de la independencia y de la libertad de la patria».

VICENTE GONZÁLEZ HERNÁNDEZ

A P E N D I C E

Establecimiento de los Almogávares.

El Reyno de Aragón, una de las Provincias que más se han distinguido por su fidelidad y amor a nuestro Augusto y deseado Monarca Fernando VII, en las presentes circunstancias, ha querido dar una nueva prueba de los sentimientos que le animan; ofreciéndose algunos de sus ilustres Infanzones a formar un Cuerpo de Caballería, destinado sólo para recibir y defender la sagrada persona de su amado Soberano, cuando vencidas con su valor las huestes de los opresores del joven Rey, logren el objeto de sus anhelos, viéndole restituido a su Trono: habiendo accedido con sumo gusto el Excmo. Sr. Capitán General de este Ejército y Reyno, a estos nobles deseos, y queriendo que este nuevo Cuerpo sea tan ilustre, como corresponde al objeto a que se destina, ha mandado que en la admisión de sus Individuos se observen inviolablemente las siguientes reglas:

I.—Todos los pretendientes deberán presentar los títulos originales de sus infanzonías por Padre y Madre, sobre lo que no se podrá dispensar.

II.—Presentarán igualmente sus partidas de Bautismo, y las de Bautismo y Matrimonio de sus Padres legalizadas por tres Notarios.

III.—Probarán con testigos libres de toda excepción, que los mismos sus Padres, y los Abuelos paterno y materno han estado en posesión de sus hidalguías.

IV.—Por ahora y para la pronta formación del Cuerpo se podrán probar las infanzonías con testigos, baxo el concepto de que los admitidos con sola esta prueba quedarán obligados a presentar los títulos dentro de quince días después de estar expedidos los caminos, cuyo término se prorrogará con justa causa, y no verificándole quedarán excluidos irremisiblemente.

V.—Deberán acreditar que los mismos sus Padres y Abuelos han sido y son Chris-

tianos viejos, sin mezcla de secta alguna, que no han exercido oficio vil ni mecánico, ni tienen tienda abierta de ninguna clase, ni han sido penitenciados por la Santa Inquisición, ni castigados con pena de infamia.

VI.—Sólo serán admitidos los solteros Aragoneses de buenas costumbres, y cuyos Padres y Abuelos sean naturales de los dominios del Rey nuestro Señor.

VII.—Deberán presentar certificaciones juradas y legalizadas de Médico y Cirujano que acrediten la sanidad de los pretendientes.

VIII.—No se admitirá ninguno que por lo menos no sepa leer y escribir.

IX.—Para justificar lo referido se presentarán los memoriales y documentos al Excelentísimo Señor Duque de Villahermosa, Jefe del Cuerpo, quien los decretará oído el dictamen del Asesor General del mismo, y quedarán archivados los expedientes en el parage que designará el Excelentísimo Señor Capitán General, según el decreto de su Excelencia.

(Publicada en la «Gazeta» de Zaragoza del sábado, 21 de enero de 1809).